



DAHL, Víctor C.

Experiencias de los inmigrantes yugoeslavos
en Argentina y Chile.-

(En: Interamerican economic affairs
Washington, 1974, 28 (3) p.3-36).-

Los impulsos migratorios siempre han ejercido una gran influencia sobre la conducta humana. Esto ha podido verificarse especialmente en el Hemisferio Occidental y entre los inmigrantes de Africa y Asia desde el siglo XVI hasta el siglo XX. Para América Latina, la colonización ibérica, que comprendió a la mayoría de sus inmigrantes, tanto como la de los anglosajones y de otros países de Europa Occidental, ha recibido mayor atención que los pequeños núcleos de eslavos y otras poblaciones provenientes de la Europa asiática (1). Las poblaciones eslavas "Meridionales" o "Yugo"-eslavas, han emigrado en grandes masas hacia ambos continentes americanos. Los balcanes (eslavos), especialmente los que conservaron su tradición marina relacionada con las culturas del Mediterráneo, fueron atraídos hacia Hispanoamérica, donde hoy viven sus descendientes. En Argentina y Chile, pocas pero vigorosas minorías yugoeslavas se han mantenido dentro de su identidad cultural.

Aunque Latinoamérica recibió constantemente inmigrantes europeos durante cuatro siglos, a raíz de que las perspectivas de atracción a partir de 1960 para la inmigración (2) había descendido debido al crecimiento de la población interna de nivel medio, se limitaron las oportunidades económicas y se reafirmaron las probabilidades de continuar con las coacciones políticas y sociales. La migración española y portuguesa hacia el Nuevo Mundo no se interrumpió totalmente, pero los europeos no-ibéricos, especialmente los italianos, alemanes, anglosajones y eslavos que habían contribuido notablemente al crisol de la población latinoamericana, no volvieron a migrar hacia estas regiones en grandes masas. Incluso la intención de emigración hacia Latinoamérica ha disminuído. Hay una necesidad creciente de continuar con la investigación demográfica dentro de las comunidades étnicas, los proyectos de colonización y las experiencias de los inmigrantes. En las próximas décadas, estas investigaciones serán de especial importancia para explicar los distintos aspectos de los problemas internos latinoamericanos. En otro tiempo, los estudios sobre la inmigración europea no-ibérica hacia Sudamérica se había centralizado en los europeos italianos y nórdicos. Sin embargo, la investigación étnica enfocó especialmente los tópicos rurales (3). Por otra parte, se dedicó escasa atención a las experiencias de la inmigración en áreas urbanas, donde las presiones sociales y económicas han sido muy intensas (4).

Las minorías eslavas, especialmente polacos, ucranianos y yugoeslavos, merecen una atención mayor. Respondiendo a la combinación de necesidad, oportunidad y circunstancia, frecuentemente han sido circunscriptos a colonias étnicas. Los yugoeslavos, en particular, al conformar un clan típico, enérgico y con conciencia cultural, ha formado comunidades distintivas, ha organizado sociedades de ayuda mutua, ha fundado publicaciones y organizado clubes sociales, manteniendo de este modo la identidad cultural. Sus escritores y artistas han perpetuado la extensa tradición intelectual de su patria natal (5).

Los yugoeslavos tienen pocos pero significativos ejemplos de la participación de sus antepasados en la expansión europea. Marco Polo probablemente, es quien estableció un linaje de sangre eslava ligado a su nacimiento en la costa Adriática. Muchos mercaderes viajaban desde Ragusa (Dubrovnik), algunas veces llamada "la ciudad hanseática" de los croatas, unida al Mediterráneo durante siete siglos antes del viaje del descubrimiento de Colón. Los viajes desde Ragusa -conmemorados en el lenguaje inglés por la palabra "argosy"- zarparon con la Armada Grande de 1588 y participaron en el comercio colonial español y en la defensa de las armadas (6). Los misioneros jesuitas croatas colaboraron dignamente desde Argentina hasta California durante los siglos XVII y XVIII (7).

Las invasiones de los poderes imperiales y las interminables guerras interdinásticas sumergieron y empobrecieron a las naciones balcánicas eslavas desde el siglo XV hasta el siglo XVIII. A comienzos del siglo XX los eslavos meridionales, al sentir las incitaciones universales del nacionalismo, comenzaron a buscar políticas de auto-determinación, pero muchos de ellos coincidieron en que el mejoramiento de sus destinos dependía de sus respectivas emigraciones hacia el Nuevo Mundo. Las motivaciones de los emigrantes tuvieron diversos factores: algunos eludían los gravámenes impuestos por las monarquías despóticas mientras que otros huyeron del hambre provocado por las malas cosechas de granos y la escasez de trabajo en los viñedos; todos esperaron encontrar una mejor vida al cruzar el mar (8).

La mayoría de los yugoeslavos que emigraron hacia el Hemisferio Occidental llegó a los EE.UU. donde, tanto ellos como sus descendientes, alcanzaron una totalidad estimada en un millón: 500.000 croatas; 300.000 eslovenos; y 200.000 serbios (9). Sin embargo, otros migraron hacia el sur y más de 250.000 eslavos ahora viven en Sudamérica. La mayor parte de ellos comportan la segunda generación de residentes; la mayoría desciende de antepasados croatas; la distribución estimada es la siguiente:

(10)

Argentina	130.000	Ecuador	200
Bolivia	3.500	Paraguay	500
Brasil	40-45.000	Perú	1.000
Chile	20-25.000	Uruguay	3.900
Colombia	200	Venezuela	2.500

Tanto para Latinoamérica como para los EE.UU. las estadísticas sobre la inmigración de estos pueblos son inexactas, en primer lugar porque antes de 1919 la mayoría de los inmigrantes croatas y eslovenos fueron clasificados globalmente como austro-húngaros, como también los serbios que vinieron de

las áreas dominadas por Hapsburg. Sólo los inmigrantes de la Servia Independiente y Montenegro podían ser identificados claramente. También, los desertores militares con frecuencia ingresaban sin pasaportes, lo cual dificultaba la identidad de sus respectivos países de origen. La identificación se complicó posteriormente por las diferencias entre los credos religiosos católicos, ortodoxos, musulmanes y judíos, y por los nacimientos en los territorios que estaban bajo las soberanías austro-húngara, turca e italiana.

La emigración yugoeslava hacia Sudamérica comenzó en el año 1840, cuando los marinos dálmatas arribaron a Buenos Aires. En las décadas siguientes, la mayoría de sus familiares también llegaron a los ríos y puertos sudamericanos como marineros, pilotos y capitanes. El inmigrante y marinero croata Nikolas Mihanovic, comenzó un negocio de embarcaciones que ya en 1914 había llegado a dominar a la marina mercante argentina.

Gran cantidad de europeos del sur católicos, especialmente italianos, españoles y portugueses, buscaron fuentes de trabajo en la Argentina (y Uruguay) en 1870, durante el período del cultivo del trigo en la producción de carne y en la construcción de redes ferroviarias, las que transformaron a las "pampas", enormes fronteras verdes dominada por los indios nómades, en un área agrícolamente rica, habitada por gauchos y por los inmigrantes. Muchos yugoeslavos, especialmente los dálmatas católicos romanos, se unieron en la aventura. Algunos llegaron a ser mercaderes de granos, mientras que otros iniciaron pequeños negocios tales como farmacias y hoteles. Un pequeño número se estableció en las llanuras como granjeros y estancieros. Las generaciones posteriores incluyeron a numerosos artesanos, como así también a médicos, abogados y escritores (11).

Los yugoeslavos también se radicaron en el interior de la Argentina y aún hoy alrededor de 1.000 viven en Rosario, provincia de Santa Fe. Uno de los primeros residentes dálmatas, Mayor Buratovic, llegó antes de 1875 y tuvo a su cargo la construcción de las líneas telegráficas en la pampa, que figuró como factor importante en la guerra contra los indios. Una plaza en Rosario y una estación ferroviaria en Bahía Blanca llevan su nombre (12).

En el censo de 1914 se identificaron en la Argentina a 316 servios, 1575 montenegrinos y 38.123 austro-húngaros como inmigrantes residentes (13), de los cuales la mayoría era probablemente croata, eslovena y servia, sojuzgados por la monarquía dual. La Primera Guerra Mundial y la depresión posterior redujo dramáticamente la emigración yugoeslava. Las leyes de inmigración restrictivas de los EE.UU. en 1922 desvió a un pequeño grupo de yugoeslavos hacia la Argentina y Brasil, pero la depresión de 1929 terminó virtualmente con sus emigraciones (14).

Como consecuencia del alto incremento natural y de algunos ingresos posteriores, en 1939 aproximadamente 50.000 yugoeslavos arribaron a Buenos Aires, donde continuaron concentrándose en número cada vez mayor (15).

A fines del siglo XIX la comunidad inmigrante yugoeslava de Argentina, comenzó a migrar nuevamente, aunque no en forma total, hacia Chile. Muchos de ellos se establecían primero en Buenos Aires hasta solucionar las necesidades de sus amigos o parientes, antes de trasladarse hacia Chile, donde se les presentaba un centro de atracción económica mayor durante las décadas de 1880 y 1890.

La primera emigración yugoeslava en gran escala hacia Chile llevó residentes a la provincia de Magallanes, en la extremidad del país, la cual desde 1880 tenía pocos colonos y era aún una tierra en disputa con Argentina. Durante tres siglos, esta línea límite de la provincia, difícilmente forestable en sus costas y en sus islas a causa del frío, la humedad y los temporales, obligó a un éxodo de los residentes europeos, hasta que se estableció una ruta de navegación en 1840, que incrementó la importancia del Estrecho de Magallanes. Entonces el gobierno chileno inició una colonización a fin de asegurar la demanda de soberanía sobre esta frontera tan lejana, la que proporcionaba una apertura al Atlántico. Punta Arenas y el Fuerte Bulnes, los dos centros principales de la provincia, tuvieron existencia real en 1843 como centro civil y militar de expansión. Una colonia penal fue el primer núcleo de Magallanes que, al mismo tiempo, brindó atractivos también a los chilenos y a otros extranjeros -la mayoría de ellos franceses, suizos y alemanes- para residir allí. Las haciendas, la extracción de carbón para las embarcaciones, y la recolección de pieles dejaron a los primitivos núcleos dentro de la economía precaria. Más adelante, el gobierno nacional promovió activamente el desarrollo de ganado vacuno y ovino para lograr una mejora en la fluctuante economía, medidas que fortuitamente coincidieron con el descubrimiento, en 1885, de oro en Tierra del Fuego. La búsqueda del preciado mineral provocó una ola inmigratoria con condiciones similares a las de California y Klondike. En 1902, el "boom" había pasado y la economía de la nación reelaboró los objetivos agrícolas, que permitieron una mayor estabilidad y un desarrollo menos espectacular.

Muchos buscadores de oro de Chile fueron yugoeslavos, que habían llegado primero a la Argentina o permanecido en Buenos Aires en tránsito. Los primeros grupos estaban integrados básicamente por hombres, quienes en su mayor parte habían llegado de las comunidades costeras de la Croacia Adriática; más adelante llamaron a sus familiares y a sus amigos. Como es habitual cuando un "boom" mineral se apacigua, la mayoría de los exploradores transitorios partieron, pero otros permanecieron y establecieron negocios, granjas y estancias a través de las cuales mantuvieron un contacto permanente con su tierra. Algunos

otros fueron a trabajar en la explotación del nitrato y en los campos de cobre del Noreste de Chile, donde la mayoría de los yugochilenos residen actualmente (17).

La provincia de Magallanes creció a partir de una colonia pionera pujante hasta llegar a ser un centro de desarrollo con una economía diversificada y una población estable, que hoy en día tiene un buen grado de educación y un alto estándar de vida. Cuando comenzó el furor del oro, sólo un puñado de yugoeslavos pudo radicarse en Punta Arenas. Diez años más tarde había 184 yugoeslavos residentes, además de una población total de 3.141 habitantes. Desde 1885 a 1906 los nativos chilenos, descendientes de extranjeros, nacidos en el radio de población considerada estable, era alrededor de las dos terceras partes de los nacimientos de nativos, frente a una tercera parte de inmigrantes, con la inclusión de los yugoeslavos en su gran mayoría entre los extranjeros. En 1906, cuando existieron ya 8.500 chilenos nativos y 2.800 nacimientos de extranjeros en la provincia, los 1264 yugoeslavos incluidos conformaban aproximadamente el 11% de la población total (18). La comunidad yugoeslava de Punta Arenas había aumentado aproximadamente a 5.000 personas en la ciudad y quizás a 3.000 en los alrededores de la misma.

Los yugoeslavos hicieron un impacto indudable y perceptible en esta región. Hacia el exterior, las actividades marítimas y las asociaciones -pesca, caza, cargamentos, remolques, astilleros- atrajeron particularmente el tradicional sentido marítimo de los dálmatas. Por ejemplo, los hermanos Bonacic-Doric, Carlos y Daniel, llegaron de la isla Adriática de Brac, donde algunas generaciones anteriores habían construido embarcaciones para una clientela muy alejada de los puertos mediterráneos, como Alexandría y Dubrovnick. Luego de llevar a cabo durante un tiempo la construcción de ferrocarriles en la Argentina, se establecieron en Punta Arenas en 1895, donde abandonaron los recursos logrados para establecer un importante astillero que sirviera a la escuadra de pequeñas y grandes embarcaciones a través de los mares y costas estrechos.

Otros inmigrantes yugoeslavos unieron sus empresas familiares: casas mercantiles, zapaterías, carpinterías, fábricas de ladrillos y construcción. En 1898 las listas de gravámenes que se les impusieron fueron aproximadamente del 12% sobre los valores de sus propiedades en Punta Arenas y el 60% en el Porvenir. En 1910 había ya aproximadamente 1500 yugoeslavos en la población total de Punta Arenas, que era de 13.000 habitantes y representaban en la práctica cada uno de los negocios e industrias locales. Algunos lograron beneficios por las concesiones de tierra del gobierno nacional para formar una compañía que se encargara del pastoreo de más de un millón de ovejas en las inmensas estancias de Tierra del Fuego. Una familia trabajaba, por ejemplo, en una estancia en el pastoreo de más de 40.000 ovejas. Sin embargo, la mayoría de los inmigrantes yugoeslavos tanto de Magallanes como del Noreste de Chile y Argentina estaban concentrados en áreas urbanas (20).

La comunidad yugoeslava de Antofagasta, ubicada en la región de las minas del noreste desértico chileno, comenzó a desarrollarse una década después de que el territorio fuera pedido por Bolivia durante la guerra de los años 1879-1883. Algunos yugoeslavos se habían empleado antes de 1850 en los yacimientos de nitrato, pero no fue sino hasta el "boom" del oro en 1890 que un número significativo gravitó en la forestación de las zonas chilenas más desérticas. En 1918, aproximadamente 5.000 yugoeslavos, con predominio de croatas, se habían congregado en el Norte y la mayoría estaba relacionada con algún sector de la industria del nitrato. Los croatas ocuparon posiciones directivas y de supervisión y pocos como el importante e influyente inmigrante dálmata, Paska Baburizza (Baburice) que, sobre un total de 70.000 trabajadores efectuaba y/o controlaba aproximadamente 25 operaciones de la producción del nitrato. El desarrollo de los nitratos artificiales durante la Primera Guerra Mundial desmanteló seriamente a la industria chilena, cuyas ventas fueron orientadas por algunos yugoeslavos de Antofagasta hacia las firmas americanas. Otros perdieron sus empleos y emigraron. En consecuencia, Antofagasta cuenta ahora sólo con 3.000 yugoeslavos en comparación con los 5.000 o más que viven en el centro de Chile, ubicados en su capital Santiago. Hasta el presente, los yugoeslavos en el noreste de Chile estaban ligados a la pesca, la producción vitivinícola, las actividades marítimas, las industrias de metales y el comercio, con un gran número también dentro de los servicios gubernamentales y entre los profesionales (21).

Al crear periódicos, revistas y organizaciones de confraternización, las comunidades yugoeslavas a cargo de los croatas en la Argentina y Chile, intentaron perpetuar su identidad cultural. Los pequeños grupos de serbios, eslovenos y macedonios pudieron mantener con grandes dificultades su aislamiento cultural, y a pesar de sus religiones y de otras diferencias, muchos se unieron a las comunidades croatas.

Quizá el aspecto más notable de la experiencia yugoeslava en la Argentina fue la temprana formación de un movimiento activo cultural croata en Buenos Aires. Por ejemplo, Serafín Livacic (Livacich), croata, llegó siendo muy joven para hacerse cargo de una escuela normal en Paraná. Desde 1897 hasta 1906 colaboró con el Presidente Bartolomé Mitre, en proyectos de textos de historia y dirigió la Biblioteca Mitre. Aunque sus esfuerzos literarios se orientaron en un primer momento a la adaptación de la historia del país (lo cual indica su alto grado de asimilación); también fue un activo difusor del sentimiento de independencia del eslavo meridional. Un médico dálmata, Dinko de Grisogono Bortolazzi, contribuyó a organizar (1878) una "Sociedad de ayuda mutua austrohúngara" con miembros especialmente croatas, y fundó (1883) un periódico, Iskra Slavanjske Slobode (grito de libertad eslava). Más tarde sirvió como órgano oficial del "Spavajuci Lau" (León adormecido) un salón de lectura donde los croatas argentinos se reunían para comentar las experiencias de los yugoeslavos residentes en la patria natal.